

Un proceso colonial

ROTA, GO HOME!

Casi en el aniversario de los veinticuatro años de la firma del pacto con los Estados Unidos, Rota —marinera y campera, blanca y estridente— se halla al final de un proceso de pérdida de su personalidad. El "vecino del Norte" —como afirmaría un cubano— ha secado sus posibilidades de creatividad. Una desmesurada base aeronaval —teóricamente "de utilización conjunta"— gravita sobre la comunidad roteña. La simbiosis desproporcionada entre el gigante y el albo caserío andaluz ha dado como resultado un híbrido incapaz de hallar respuesta a su presente. Rota debe regresar a casa.

CUANDO el sargento Charlie W. T., de la US Navy, regresa de la base militar a su vivienda en la avenida de la Marina acostumbrada —al tiempo que saluda a los *masters orders* del control conjunto— a reducir unos cuantos grados el aire acondicionado de su Pontiac —a veces un Osmobile, o un Volvo, o un Mustang— mientras revisa el chequero de "tickets" de gasolina (10 pesetas litro, "US Navy only"). Introduce una *cassette* de un *country* ruidoso en el estéreo y enfila parsimonioso la doble fila de palmeras que montan perenne guardia en el paseo. El sargento Charlie W. T., de la US Navy (posiblemente con un pelo ceniza cepillado "al reglamento" o con una camisa malva, mostrando insólitos titulares de Alabama o, con seguridad, enfundado en un pantalón estrecho y unos centímetros por encima del tobillo, según marca una inveterada costumbre), reside en un hotelito blanquizul que puede llamarse "Villa Lucía", "Villa Carmen", "Villa Paquito", "Dulce Nombre", "El Pilar" o cualquier otra originalidad roteña. A veces habita en bloques de apartamentos ("Apartments for rent, 10.000 monthly"), en las colonias —"americans only"— de Chipiona o en Fuentebravía, próxima al Puerto de Santa María.

La larga avenida que atraviesa Rota tiene un innegable sabor californiano. Se puede asegurar que tras los rótulos bilingües —"Barber shop", "Carmen, Beauty shop", "Dry Cleaner", "Rodríguez muebles and windows", "Rent Car", etc.— se entremezclan aires andaluces, el olor característico de alguna comunidad californiana de la costa —desodorante, patchuli, "hot dogs"— y cierta severidad que aporte el tapial sureño enjalbegado, pero que, con el colorido de *blue jeans* y camisolas de baseball, muestra una sorprendente tendencia a reflejar poblaciones de New Mexico. Otros piensan que Rota —al menos en su ensanche— es un

minipuertorrico silenciado. Los grandes automóviles, matrícula turística, que conducen soldados americanos uniformados, aviadores francos de servicio o "técnicos" de la base con cazadora bordada "New Haven Eagles", condicionan el paisaje urbano. En la base, dicen, hay más de seis mil norteamericanos.

Antes de aparcar el Pontiac en el porche delantero, próximo al Volkswagen —o Fiat 850 Spider— de su mujer, el sargento Charlie W. T., de la US Navy, recalca en el *Old Hong-Kong*, en el *Suzie Bar*, en el *Long John's Bar*, en el *Kelly* o en cualquiera de los otros bares y pubs que en número cercano a cuarenta —y con la tibia presencia de nativas, inglesas, australianas o "chocolate" de Jamaica— se extienden por la compleja geografía roteña. El sargento Charlie W. T., de la US Navy, alterna la cerveza con la partida de billar —de múltiples bolas numeradas— o el lanzamiento de dardos, mientras escucha los relatos de los "solteros" que mitifican (generalmente los miércoles, ya que el día de paga es el martes) sus aventuras en el *American Bar*, en el *Paul's Bar* —donde Nancy, "la judía", reparte hashish después de sus viajes a Marruecos— o con las prostitutas nativas en los confines de La Parra. Apura las cervezas y regresa a su casa, mientras los potentes ecos de su *pick-up* se extienden por todo el barrio como preludiando su aparición.

A veces, el sargento Charlie W. T., de la US Navy, es rubicundo y macizo, con abundantes carnosidades apenas contenidas por el cinturón. Otras, presenta innegables rasgos asiáticos. En ocasiones, el suboficial norteamericano exhibe una apretada camiseta roja —sobre la que el observador atento puede descubrir signos o cifras, como un "macrosetentaytres" cubriendo pecho y espalda— sobre una satinada piel de color. En cualquier caso, la presencia en Rota de los más de cuatro mil sargentos Charlie W. T.,

FERNANDO GONZALEZ

de la US Navy, y sus familias resulta ya habitual e imprescindible. Los americanos son esperanza, pérdida, ayuda y condena de los roteños que viven —directa o indirectamente— bajo su mecenazgo.



Una ciudad que cuenta más cabarets y "dancings" que Sevilla.

La base aeronaval de Rota ocupa una gigantesca extensión, explosionada en parte, en su día, a pequeños propietarios locales de la bahía de Cádiz. Solamente desde el cruce de la carretera Jerez-El Puerto-Sanlúcar, el viajero ha de recorrer algo más de dieciséis kilómetros de cerca alambrada, tras la que aparecen las instalaciones para telefonía, radar, emisoras y depósitos, alternando con cañaverales silvestres, pinos y manchas de eucalipto. Los roteños han de efectuar un largo rodeo para alcanzar Cádiz o El Puerto. Utilizan la "periférica" que bordea la base. Ya en la costa, la base tiene una playa propia, cercada hasta el mar, en donde se bañan las familias de norteamericanos que viven dentro, "en la zona residencial". Unos espigones de

través ocultan al viajero los supuestos refugios para los submarinos atómicos, armados de cohetes Polaris. En Rota se procura ignorar todo el problema nuclear. "Zi paza argo, totá, no da tiempo a penzarlo", responden ante argumentaciones maliciosas sobre el inminente peligro atómico. El acceso a la base es complejo y, paradójicamente, sencillo. Todo está en función de la "amistad" con algún americano. Si el viajero, siguiendo una rutinaria jerarquización mental, intenta la penetración mediante los permisos de las autoridades españolas, puede verse envuelto en la mecánica burocrática que amenaza con paralizarlo. "Llame usted a San Fernando, a la Capitanía General", repiten sistemáticamente en la puerta. Los roteños subrayan: "Búzqueze un



El acceso a la base es complejo y paradójicamente sencillo: todo depende de la "amistad" con algún norteamericano.



Al mediodía Rota se abre con una playa en la que se ha volcado la especulación.

ro, sólo quebrado por las "motos" aparatosas de los **rotiyankis**. En el barrio antiguo, en el centro, hay calles estrechas, albas, recubiertas de macetas, con el enrejado de las ventanas asomando hasta la acera. Rota se estrecha en su puerto, que se afila apuntando sobre la silueta marina de Cádiz. En el barrio antiguo, las casas presentan al viajero patios floridos, con los brocales de los pozos reventando en tiestos de "dama de noche" y la hiedra trepando por los balaústres. Las calles ostentan sonoros e inevitables nombres castrenses; Queipo de Llano, Mola, Méndez Núñez. Por la corredera de Gravina se desemboca, lógicamente, en el mar. Junto al puertecillo, el viajero puede escuchar las quejas de los marineros, venidos a menos, desplazados de su oficio, con un dique que se derrumba cuando en invierno el poniente pone a la mar brava. El dique es inamovible. Con su acción corta las aguas revueltas que penetrarían en el puerto de la base. A su vez, los espigones militares arruinan, por el reflujo, el puerto roteño. "Ze llena de arena", aseguran los marineros, conscientes, indudablemente, de que sus protestas no prosperarán contra las fuerzas del Pentágono. "Mientras haya americanos, no tendremos puerto", murmuran al recoger el sedal con *lisas*, casi en la boca de la ensenada.

Sin embargo, gran parte de la ciudad —algo más de veinticinco mil habitantes— teme por la marcha de los americanos después de 1980, cuando la autonomía de los submarinos atómicos no necesite de bases en el extranjero. No es in-

frecuente comprobar que en las tapias y murales roteños abunda el **American go home**. "Pero cruzan la verja y ya están en su casa", comentan con inequívoco pesimismo en las proximidades de La Costilla. Entre el temor y el odio, las más de las veces matizados por un pragmatismo comercial, los roteños adoptan tres posturas respecto al vecino poderoso: indiferencia, oposición —son las minorías politizadas, a las que por diversos caminos se trata de cortar su acción— y, finalmente, servicio, lo que lleva implícito, generalmente, un peligroso mimetismo. Son estos últimos los llamados **rotiyankis**. Individuos marginados de la cultura española, educados en el aprovechamiento integral del "americano", al que explotan en sus vicios y debilidades. Los **rotiyankis** invaden la ciudad con sus motos de aberrantes colores, sus cazadoras "de la base", su innegable olor a grifa o marihuana y su irritante desprecio vergonzante con el pasado familiar y ciudadano.

Los **rotiyankis** (**blue jeans** "auténtico", del economato, camiseta con leyenda de Ohio, Texas o Chicago, botas de **cowboy** con tacón estilizado, ración de grifa en bolsita de cuero indio y cuernecillo o diente de jabalí colgando de la cadena, junto a una apócrifa "chapa de identificación") sirven de enlaces para la diversión en la base. Rondan al anochecer entre los cabarets, generalmente regentados por algún chino —aunque, posteriormente, el viajero podrá detectar a españoles, como Manuel Aparicio Marrufo, controlando el negocio—, alcahuetean con las "pupilas" de

ROTA, GO HOME!

los bares, a las que explotan subsidiariamente, y, evidentemente, creen en una sociedad mercantilizada "inequívocamente americana", en la que "el triunfo" supera cualquier otra solución. Son trágicos imitadores de la subsociedad militar americana.

En Rota, donde el subdesarrollo endémico gaditano tuvo un altar, la base significó una pérdida irreparable de la personalidad roteña. Resultaba muy difícil sustraerse a la dinámica del *american way of life*. La defensa de la "civilización cristiana" trajo para Rota, además de un inesperado crecimiento de las clases medias al amparo del comercio —directo o indirecto— con la base, la prostitución internacionalizada, las hierbas, los estimulantes, las reyertas y puestos de trabajo para más de cuatro mil personas (entre las que hay que incluir gentes de Cádiz, Sanlúcar, El Puerto, Puerto Real y Chipiona). Una dependencia indestructible.

Una vez al mes, en la atardecida, desatraca de la base un pequeño barco-depósito. Con medidas excepcionales de seguridad —los que trabajan en su área apenas tienen conocimiento de su existencia—, el carguero cruza la bahía de Cádiz, iluminada por las luces titilantes de Rota o las de los jardines costeros gaditanos. Se comenta que es un portador de residuos nucleares. Nadie parece saber su destino. Los roteños prefieren no comentar esos peligros. Ante cualquier argumentación alegan razonablemente: "Vivimos de los americanos, en Rota no hay industrias; si ahora existen medio millar de parados, ¿cuántos habría sin los americanos?". Ante este esquema, las centrales sindicales —UGT cuenta después de las elecciones con quinientos menos que CC. OO. a CNT apenas llega a cien; USO, de más implantación que éstas, posiblemente llega a los doscientos—, aunque rechazan la base argumentan que primero "hay que industrializar Rota y después expulsar a los americanos". El planteamiento, por ingenuo, no resiste un análisis profundo. La oligarquía local, los caciques roteños aferrados a la vida municipal o al negocio con la base, no ven la necesidad de invertir —y arriesgar su capital— en industrias medias.

Por su parte, el capital nacional tampoco encuentra alicientes; ya que no hay mano de obra barata (existe un nivel de vida alto respecto al entorno andaluz). El Estado,



La base aeronaval de Rota ocupa una gigantesca extensión, expropiada en parte, en su día, a pequeños propietarios locales de la bahía de Cádiz.

único posible industrializador de la zona, ni se plantea el problema, ya que, en el muy teórico caso de crear industrias, lo haría en lugares de la región que tuviesen —como en el Sur de Sevilla, Jaén, Almería o Málaga— un paro galopante. El destino, por tanto, de los trabajadores roteños es la base, de la que —en primer o en segundo grado— dependen. Sometido a "controles" (recientemente han expulsado a cuatro trabajadores por "pertener a centrales sindicales políticas"), el trabajador español en la base representa el papel histórico que, en los años cuarenta y cincuenta, tuvieron las gentes de La Línea —estos fueron los primeros trabajadores en la base por su conocimiento del inglés— y San Roque y Algeciras respecto al Peñón de Gibraltar. La situación es más compleja, ya que, aunque en teoría están bajo autoridad española —la bandera norteamericana ha sido arriada por cortesía—, en realidad trabajan para una potencia extranjera en un territorio militarizado.

Al anochecer, la ciudad blanca enciende sus rótulos luminosos como un mini-"Las Vegas". Por las calles, en las que se entremezclan viejos casones andaluces —de amplio zaguán tras un portalón de piedra labrada, patio con arranque de escalinata y miradores enrejados hasta el nivel de la acera—, pequeños hotelitos construidos por los camperos a los que se les ha des-

pojado de sus terrenos o a los que el reclamo de la base atrajo a la vida urbana, apretados de colores, con azulejos alicatando zócalos y porches bajos; enormes bloques de apartamentos en los que alternan americanos de tocadiscos histórico con sevillanos que veranean; todo un mundo superpuesto y contradictorio condenado a vivir en un mismo e inevitable punto. Los "dancings" y cabarets, como *Crazy Cat* o *Chicago* o *Missouri*, abren sus puertas. Luminosos intermitentes, americanos de color —balanceándose armónicamente, ceñidos de *blue jeans* y camiseta rayada—, orientales con chaleco de cuero y botas claveteadas, elásticos, aguantando horas de silencio ante la cerveza o el whisky seco. Amplias camisas a cuadros que se amontonan ante las "máquinas", futbolines o billares. Y en las barras, acodadas, mujeres de varios continentes intercambiando palabras rutinarias, bebidas, grifa o LSD. Un cuadro irreal, con ribetes de provisionalidad y que, sin embargo, dura ya más de veinte años. Los furgones grises US Navy, con sus dobles faros violeta, recorren incansables las calles. "Zon para proteger a los americanos, quillo", murmuran admirativamente los *rotiyankis*.

Una ciudad que tiene más cabarets y *dancings* que Sevilla o más taxis que Jerez, cuenta sólo con cinco policías españoles. Los alter-

cados —frecuentes, aunque no tanto como ha señalado cierta prensa sensacionalista— son siempre desfavorables para los nativos. En Rota se respira proteccionismo y sumisión al gigante que dormita tras la alambrada. Hacia Levante, la ciudad se abre con una playa-estercolero en la que arrojan sus desperdicios diversos barrios costeros, como el Molino o las casas de la plaza Pío XII. Es la llamada Playa Sucia. Un inacabable basurero que se extiende hasta casi la alambrada que penetra —con una línea de postes— en el mar. Los bosquecillos cercanos, recubiertos también de latas y envases de productos de la base —gran parte de la población utiliza exclusivamente productos enlatados norteamericanos, de los que hay los consiguientes mercadillos negros—, se talan para edificar nuevos bloques que han de ocupar, simultáneamente, americanos y sevillanos veraneantes. Al límite con la reja se alzan los restos del gran chalet del marqués de Pesadillas, un Carranza amigo de Franco. "Menos mal que había una finca de Carranza, y eso, ya se sabe, e intocable; si no, lo americano llegan con la base hasta la Costilla", comentan jocosos los marineros. La contaminación de las aguas ha alejado a la fauna costera, sólo las *lisas* —que se alimentan sospechosamente de los desagües— se mantienen próximas a la orilla. La urta, el pez símbolo de Rota, está, como la co-

munidad, en vías de desaparición.

Con la inesperada llegada de cierta democracia a la zona —en las elecciones pasadas, el PSOE, que tenía menos de media docena de militantes, obtuvo la mayoría de los votos, seguido del UCD y el Partido Comunista—, la situación toma nuevos rumbos. En la base hay un acelerado proceso de reamericanización. Antes había por cada americano dos españoles trabajando. Ahora el criterio es por cada español dos americanos. Se comenta que la Seguridad Interior desconfía de la politización del obrero español. Para paliar ese paro provocado por la actitud intransigente de las autoridades norteamericanas —aunque toda la política laboral en la base depende en teoría del mando conjunto hispano-norteamericano— se ha adjudicado a Rota la simbólica cantidad de trescientas mil pesetas, remozando el castillo de Luna, en una pequeña prominencia del casco antiguo. "Er cuarenta por ziento ze lo han gaztao en materiales", explican los parados con escepticismo.

Hay, también, un aumento considerable del consumo de drogas, hierbas y alucinógenos de laboratorio. La explicación —según algunos políticos— es que "conviene a ciertos intereses mantener a una juventud controlada, y, para evitar que se politicen, se les inicia en las drogas". La teoría, aunque arriesgada, tiene sus apoyaturas lógicas. Hay una tolerancia oficial respecto al consumo de drogas entre la juventud roteña —los *rotiyankis* actúan en este caso de intermediarios— en determinados lugares

como el *Bar Hollywood*, el *Pau's*, el *American*. Resulta casi normal comprobar el tráfico de hashish que después se distribuye a los bares de juventud española, como el *Bar Puerto* o las heladerías —con cierto aspecto de "drugs" americanos—. Sandra, Nancy Cohen, Key González, son nombres conocidos, y repetidos frecuentemente, de mujeres de "barra" que sirven de "almacén de droga". Los permisos a los sargentos Charlie W. T., de la US Navy, eran aprovechados para viajar a Marruecos. El Alto Mando suprimió, durante una temporada, la posibilidad de que continuasen esos viajes que eran utilizados para introducir hashish. Los alucinógenos preparados vienen —según testimonios de los propios norteamericanos— en los aviones militares, que no sufren ningún tipo de control. Vuelan de EE. UU. a España con absoluta libertad. De vez en cuando, el gobernador de Cádiz cierra un local —casino, pub, dancing—, y todo el equipo de extranjeras, chinos, *rotiyankis* y clientes americanos se traslada a otro. Las australianas e inglesas trabajan "la barra" como turistas; cada tres meses se acercan a la frontera marroquí, desde Algeciras, donde pueden obtener hierba y, a su vez, renuevan su carácter de turistas en tránsito.

Cuando el sargento Charlie W. T., de la US Navy, llega a su casa —"Villa Ana" o "Villa Geranio"—, hace ya horas que la nativa roteña abandonó las faenas de limpieza, pero ese es un asunto del que sólo sabe, hipócritamente, su mujer. A veces se acerca a *Frank's Central Pan* —donde despacha Paquito, el

dueño— a buscar el pan español, "nice, very nice". Prepara las brasas para la barbacoa en el porche, o en el *back-yard*, y continúa bebiendo la cerveza que ya no abandonará hasta quedarse dormido. El sargento Charlie W. T., de la US Navy, desconoce la historia local, ignora la antigüedad de Gades, o los tartesios y sus leyes versificadas, o la Constitución del 1812, y cree sinceramente que el blanco campero de los cortijillos serranos es debido a la influencia americana en la zona. El sargento Charlie W. T., de la US Navy, tiene almacenado en el *International* un *container* para trasladar su ajuar —barbacoa incluida— a otra base cualquiera, donde volverá a reducir o aumentar el aire acondicionado de su Pontiac, a beber "cool beer" y charlar en la barra con Nancy, "la judía".

Al Mediodía, Rota se abre con un extenso playal en el que se ha volcado la especulación. Bloques de *buildings* alternan con urbanizaciones en miniatura, con terrazas y azoteas replantadas en azul marino o bermellón. Es la reserva de los sevillanos. Cada centímetro cuadrado ha triplicado su valor. Los edificios se hacen la sombra mutuamente, mientras en sus bajos se abren nuevos bares de luz indirecta y mortecina. Se habla, entre acentos andaluces, de un contrabando de armas en la base, de la crisis de consumo de los americanos, de las conversaciones sobre Gibraltar que pudieran afectar a Rota. Se habla de la huelga de la construcción, de la anterior, la de la hostelería, de la reventa de ropa americana en buen uso. Sin embargo, Rota, blanca y

ocre, aislada de trenes y perdida tras una inmensa alambrada, tiene quebrada su personalidad. Depende, entre admiración y temor, de los valvenes en la defensa de los intereses norteamericanos en el mundo. El sargento Charlie W. T., de la US Navy, veterano del Vietnam —allí no pasó nada, "in my opinion"—, con sus borracheras sordas de cerveza mal digerida durante décadas, con sus "petardos" de grifa, sus sobrecillos de heroína o coca, sus dólares, sus preguntas en una agencia inmobiliaria ("Real state") para conseguir "Villa Manuela" —o "Villa Maruja" o "La Caleta" o "Los Claveles"—, sus dólares, sus guantes de baseball acolchados, sus "drinks" en el *Horse Bar*, en el *Star Bar* o en el *Deutch Bar*, sus vuelos resantes sobre la bahía, sus reactores contaminando, sus submarinos, "destroyers" y portaaviones ("Cuando hay barco en la base se nota en el comercio de Rota, sí señor") entrando aguas adentro, y su Pontiac, ha hecho imposible que la comunidad roteña hallase su personalidad. Es una extraña simbiosis de la que resulta difícil liberarse, aunque las centrales y partidos políticos hablen de conseguir el Ayuntamiento —donde Liaños, Resinas o Félix Benítez mantienen los compromisos caciquiles—, no, el problema de Rota se llama, a juicio del viajero, imperialismo. Cuando aquél se aleja, tras los grandes carteles "Welcome to Rota", tras la alambrada interminable, parece asomar el eterno Guantánamo que cada país de Occidente lleva dentro como un quiste. ■ F. G. Fotos del autor.



La larga avenida que atraviesa Rota tiene un innegable sabor californiano.